

Roberto González Echevarría

*El estrellado establo:
infinito e improvisación
en el Siglo de Oro*

CÁTEDRA

CRÍTICA Y ESTUDIOS LITERARIOS

Índice

| | |
|--|-----|
| RECONOCIMIENTOS | 11 |
| CAPÍTULO 1. Preámbulo | 15 |
| CAPÍTULO 2. La improvisación en la génesis y estructura del <i>Quijote</i> | 29 |
| CAPÍTULO 3. Infinito e improvisación en Cervantes | 51 |
| CAPÍTULO 4. Arquitectura y refugio en el <i>Quijote</i> | 75 |
| CAPÍTULO 5. Cervantes, lector de la primera parte del <i>Quijote</i> | 91 |
| CAPÍTULO 6. Sexo y dineros en Boccaccio y Cervantes | 109 |
| CAPÍTULO 7. Improvisación y error en Lope: <i>La Niña de Plata</i> ... | 129 |
| CAPÍTULO 8. Tirso y su improvisador de Sevilla | 161 |
| CAPÍTULO 9. Los dos finales de <i>La vida es sueño</i> : una lectura cer- vantina | 185 |
| CAPÍTULO 10. Infinito e improvisación en <i>La vida es sueño</i> | 205 |
| CAPÍTULO 11. Papeleo, espacio y tiempo en <i>El carnero</i> : el archivo infinito y la libertad | 227 |
| CAPÍTULO 12. Sor Juana y la cosmología barroca: «Primero sueño» ... | 237 |
| CAPÍTULO 13. Jazz, Joyce y Cortázar: la improvisación como mé- todo | 253 |
| BIBLIOGRAFÍA | 261 |

Reconocimientos

He dedicado los últimos diez o doce años a la redacción de los ensayos que componen este libro, con algunas distracciones para terminar otros proyectos sobre literatura latinoamericana. Pero mi foco principal ha sido la literatura del Siglo de Oro, que constituyó el inicio de mi carrera y al que regreso como en busca de su fundamento. Es una añoranza tanto lingüística como literaria; resuenan en mi cabeza versos de Góngora y Calderón, parlamentos de don Quijote, frases de Lazarillo, que son como ecos lejanos de mis primeros estudios literarios cuando era apenas un muchacho en la Cuba del siglo pasado. Solo el lector podrá decir si de la mezcla de nostalgia, deleite estético, curiosidad filosófica y acumulación de lecturas ha surgido algo de valor crítico respecto a cada una de las obras analizadas y el talante general de la literatura áurea. Para mí, lo más profundamente valioso ha sido la lectura de esas obras y la escritura misma de mis siempre renovadas impresiones de ellas. Si el libro representa el principio del final de mis labores, o aun el final mismo, me doy por satisfecho.

Aparte de mis estudios primarios y secundarios —siempre bajo la tutela de mi querida madre, profesora de instituto— mi primer contacto crítico serio con la literatura del Siglo de Oro fue en la Universidad de Indiana, en cursos con profesores como Willis Barnstone, Carlos Ortigoza y Edward M. Wilson, que nos visitaba de Cambridge. Wilson me abrió las puertas de la crítica inglesa, sobre todo de Calderón, revelando que los viejos clásicos eran obras del más elevado nivel literario y filosófico. Luego, en Yale, me encontré sometido a la rigurosa práctica crítica de Gustavo Correa,

que había sido discípulo de Leo Spitzer, pero cuyos intereses se desbordaban hacia la crítica mitológica. Con Manuel Durán, poeta, literato, leí a Lope y, desde luego, a Cervantes. Mucho aprendí de todos ellos.

No puedo dejar de mencionar que mi interés por la literatura latinoamericana moderna dejó una huella indeleble en mis estudios del Siglo de Oro. Alejo Carpentier, a quien he dedicado no pocas páginas, conocía al dedillo la picaresca y Cervantes. Octavio Paz fue uno de los más agudos conocedores de Góngora y de Sor Juana. El gran poeta mexicano dotaba de una aureola de modernidad a esos poetas, que elevaba su crítica muy por encima de la académica a que yo me enfrentaba en el mundo universitario. Aunque no al mismo nivel, Carlos Fuentes también conocía e incorporaba a su obra la literatura áurea. Con Severo Sarduy compartía nuestra pasión por Góngora, que él derivaba de ese otro escritor mayor, José Lezama Lima, originalísimo intérprete del cordobés.

A lo largo de los años he aprendido mucho de mis alumnos, algunos brillantes, con carreras universitarias notables. He refinado mis ideas en el toma y daca de los seminarios graduados, y en conversaciones más privadas durante la dirección de tesis doctorales. Tengo cuatro estudiantes de doctorado en la actualidad que son de los mejores que he tenido en mi carrera: Stewart Atkins, Bryce Maxey, Katherine I. Brown y Matthew Tánico. Todos se dedican al Siglo de Oro.

Matthew es un caso excepcional. No solo es mi alumno de tesis, asistente en cursos de pregrado y asistente de investigación, sino un verdadero colaborador, casi coautor de muchos de mis trabajos en los últimos años. Es mucho lo que le debe a él este libro, inclusive su indispensable ayuda en cuestiones digitales, en las cuales es un experto de alto nivel. Sin Matthew no existiría este libro, como otros míos recientes. Le expreso aquí mi más sincero y entrañable agradecimiento, haciendo votos porque en su carrera alcance los éxitos que merece.

Ahora ha ocupado su lugar Katie Brown, una norteamericana integral con un castellano perfecto, además de francés y un latín que le permite leer a Virgilio en el original. Tiene, además, una penetración crítica superior. Ya ha publicado estudios sobre Cervantes y ya es, en mi opinión, uno de los mejores cervantistas en el mundo.

En Yale siempre he contado con el diálogo enriquecedor de mi amigo de largos años Giuseppe Mazzotta, italianista sin par. En el Departamento de Español he tenido la dicha de compartir con mi

distinguida colega Rolena Adorno, extraordinaria colonialista, y por supuesto conocedora como pocos de todo lo escrito en español en los siglos XVI y XVII. Su agudo ojo crítico ha mejorado mucho los textos aquí contenidos. No puedo expresar cuánto le debo por eso y tantas cosas más. De más está decir que los defectos del libro son todos míos. Los acepto con la humildad de quien sabe lo falible que es la mente humana, y los límites del conocimiento que podemos adquirir.

RGE
Northford, 24 de junio de 2016